

ORIGEN Y EVOLUCION DE LOS CONOCIMIENTOS CERAMICOS EN EUSKALHERRIA

Por LEANDRO SILVAN

Las actividades cerámicas de la Humanidad figuran entre las que más han contribuido al bienestar de las gentes en todos los territorios poblados por estas desde las lejanas épocas prehistóricas; y aunque tales gentes han vivido muchos siglos sin dedicarse a las actividades mencionadas, destaca sin embargo, la excepcional antigüedad de los conocimientos que han servido de base a la creación de la tecnología alfarera: esos conocimientos, pronto adquiridos por el hombre, se refieren a las cuatro propiedades de las arcillas, capaces de calificar a este producto térreo como materia prima fundamental para el posterior desarrollo de cualquier clase de actividad cerámica.

La primera de las propiedades aludidas, consistente en la *plasticidad* del barro formado cuando la arcilla absorbe agua, pudo ser conocida por nuestros remotos antecesores prehistóricos al observar estos las huellas de pisadas impresas en dicho barro cuando pasaban sobre él las personas o cualquier otro tipo de semovientes. Junto con esa observación, y al mismo tiempo que ella, esos antepasados conocieron, y sin duda comprendieron, la segunda de las propiedades del antecitado barro, consistente en mantenerse inalterable la forma de esas huellas cuando estas *se endurecían* tras de haberse *desechado*; pero advertirían asimismo, seguramente, que tales huellas desaparecían al humedecerse de nuevo las tierras arcillosas desecadas. La estabilidad de las formas era pues solo accidental y transitoria, careciendo de una plena y definitiva posibilidad de perduración.

Por otra parte, podemos admitir, como cosa cierta, que el hombre primitivo, cuando encendía fogatas emplazadas sobre terrenos arcillosos, observaría el *endurecimiento de estos por acción del calor*, hasta alcanzar una dureza pétreo, totalmente irreversible aunque luego se vieses sometidos de nuevo a la acción de las aguas. Esa acción, incluso siendo continuada, no era capaz de hacer desaparecer ninguna par-

ticularidad de forma ni ninguna huella existente en la tierra que había sido sometida por algún tiempo a la acción del intenso calor producido por las fogatas: este dato le llevó a conocer la tercera de las propiedades cerámicas fundamentales poseídas por las arcillas plásticas.

Seguramente ese conocimiento (y el de las otras dos propiedades ya mencionadas con anterioridad) serviría de base a la labor llevada a cabo para modelar las estatuillas halladas por los Arqueólogos en sus excavaciones sobre estratos geológicos incluidos en las formaciones de la corteza terrestre correspondientes al período prehistórico designado con el nombre de Auriñaciense, datado hacia el año 20.000 a. J. C. Tales estatuillas, llamadas por esta razón Venus auriñacienses —y también Diosas de la Fertilidad— fueron veneradas en aquellas remotas épocas como protectoras de la continuidad de las especies, y constituyeron, sin duda alguna, las primeras obras realizadas por los humanos utilizando el barro como sustrato de las mismas.

Resulta interesante consignar, además, que en una de las mencionadas estatuillas, procedente de Dolni Vestonice (Moravia), se ha comprobado la existencia de un producto no plástico, consistente en cenizas de huesos, adicionadas voluntariamente y de modo expreso a la pasta cerámica destinada a confeccionar esa estatuilla: ello nos indica la existencia de un lejano origen en el conocimiento de la cuarta propiedad cerámica, basada en la *disminución de la plasticidad* de las arcillas cuando se les adicionan componentes térreos no plásticos, actualmente denominados *desgrasantes*.

Podemos pues afirmar que el hombre primitivo, muchos milenios antes de la Era cristiana, poseía ya los conocimientos fundamentales del oficio alfarero. Y cabe por ello preguntarse: ¿Por qué no los aprovechó para confeccionar las vasijas de barro posteriormente aparecidas en múltiples lugares de la Tierra? Teniendo en cuenta el importante nivel de desarrollo alcanzado entonces por la inteligencia humana, la única respuesta a esta pregunta podría ser que no las hizo porque el hombre de esas épocas no tuvo necesidad de aquellas para realizar adecuadamente el conjunto de sus cotidianas vivencias.

Su cobijo normal eran las cuevas naturales, y sus recursos alimenticios procedían de la depredación de conjuntos agrícolas silvestres o de la caza y la pesca fluvial o marítima. Los alimentos vegetales eran consumidos en crudo y los productos de origen animal se asaban —a la brasa generalmente— o se cocían en el agua contenida en recipientes de piel, calentándola introduciendo en ella piedras muy calientes saca-

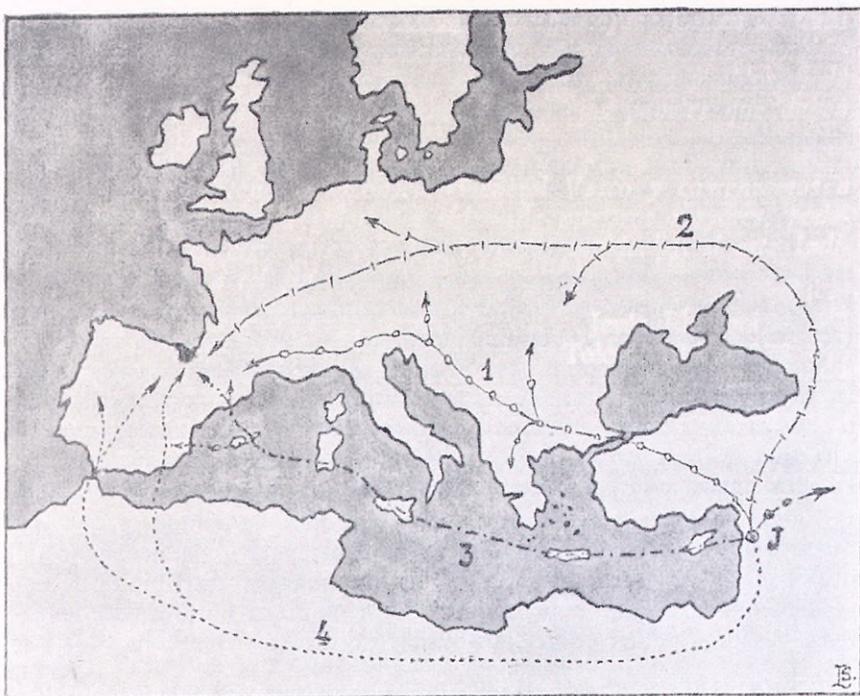
das de las fogatas. Además, no se almacenaban reservas ni existían sobrantes; era pues totalmente inútil disponer de vasijas ni para calentar los alimentos ni para guardar estos, conservándolos durante un tiempo más o menos largo. Y estas fueron seguramente las razones que tuvo el hombre del Paleolítico para no confeccionar unas vasijas totalmente innecesarias en el normal desenvolvimiento de su habitual manera de vivir.

Poco a poco, el continuo crecimiento demográfico hizo insuficientes las cosechas silvestres, y por tal razón, el hombre se vio precisado a forzar la producción vegetal, inventando para ellos las técnicas de laboreo del suelo, de la siembra y del cultivo de plantas alimenticias: simultáneamente, la domesticación de diversas especies animales inició las explotaciones pecuarias, y a consecuencia de ambos perfeccionamientos de las actividades humanas, nuestros remotos antepasados se convirtieron en productores de los alimentos indispensables para asegurar su subsistencia y el posterior desarrollo del género humano. Este, cada vez más sedentario, comenzó pronto a disponer de sobrantes que era preciso almacenar; y a consecuencia de ello, apareció la necesidad de disponer de recipientes destinados a conservarlos, disponibilidad seguidamente conseguida tejiendo cestos con mimbres y utilizando las arcillas plásticas para confeccionar vasijas de diversas formas y tamaños.

Estas realizaciones —agricultura productora, cestería y alfarería primitiva —unidas a la confección de útiles de piedra pulimentada, dieron lugar a un cambio fundamental en las particularidades del diario vivir de la Humanidad, iniciándose el llamado período neolítico de la Prehistoria, uno de los más interesantes en el devenir cultural de nuestros congéneres.

¿Dónde surgió por vez primera el conjunto de realizaciones precedentemente enunciadas? Se ha expuesto la posible existencia de múltiples orígenes de las mismas; pero en la actualidad los Historiadores vienen coincidiendo en admitir, unánimemente, un origen único para tales realizaciones, situándolo en el Creciente fértil. En lo que a la alfarería se refiere —cuestión que ahora nos interesa especialmente— se cita a Jericó como primer centro productor de vasos cerámicos, fijando la antigüedad de esa labor en unos 7.000 años a. de J.C. También Ur, Ugarit, Natufief y alguna otra población prehistórica, comparten con Jericó las fechas más remotas asignables a la mencionada producción.

Considerando que la cultura humana ha tenido siempre un acusado carácter expansivo, parece natural suponer la transmisión de los



TRAYECTORIAS DE DIFUSION DE LOS CONOCIMIENTOS CERAMICOS

- J.—Origen oriental de los mismos.
 1.—Corriente europea meridional (Greco-fenicia).
 2.—Corriente centroeuropea (Caucásica o cimerio-escita).
 3.—Corriente mediterránea.
 4.—Corrientes nordafricanas.

conocimientos antecitados y su difusión por otras zonas del Ecumene; y así ha sucedido, en efecto, llegando éstos sucesivamente a lugares progresivamente más alejados de su primitivo origen.

En lo concerniente a su expansión hacia el Occidente, es decir, hacia las regiones circunmediterráneas que confluyen en los Bordes Norte y Sur del estrecho de Gibraltar, ha podido determinarse la existencia de diversas corrientes transmisoras cuyas trayectorias están diversamente situadas. Entre las que discurrieron por el territorio continental europeo, una de ellas —llamada *greco-fenicia*— inicialmente desplazada hacia el área caucásica, siguió su camino para invadir los te-

territorios de Centroeuropa y llegar a la vertiente Norte de la cordillera pirenaica.

Las islas mediterraneas —y entre ellas Chipre, Creta, Sicilia, Cerdeña y el archipiélago balear— sirvieron de soporte a otra corriente cultural prehistórica, cuya penetración en la Península ibérica se realizó por las costas levantinas; mientras, una nueva corriente difusora, definida por varias trayectorias nordafricanas (la *ibero-sahariana*, la *hispano-mauritana* y otras menos aparentes) invadía el territorio peninsular ibérico por su extremo sudoriental o atravesando, en oleadas sucesivas, el reducido obstáculo representado por el estrecho de Gibraltar.

¿Cómo llegaron los efectos culturales de todas esas corrientes al territorio vasco, llevando al mismo los conocimientos fundamentales de las técnicas alfareras? No es mucho lo que conocemos acerca de esta aculturación pero no es aventurado suponer —y no faltan algunas pruebas de ello— que la penetración de tales conocimientos en nuestra Euskalherria se llevó a cabo por diferentes caminos. Hubo, sin duda, influencias procedentes de la Meseta superior, que hacia el año 3.500 a. de J.C. introdujeron en tierras euskaras los conocimientos neolíticos, y entre ellos, el de los vasos cerámicos; y esas influencias se renovaron hacia los años del segundo milenio precristiano, habiéndose detectado dos corrientes transmisoras de distintas trayectorias, una de las cuales ofrece yacimientos con vasijas de barro sin más complementos, mientras la otra contiene en sus yacimientos objetos metálicos (de cobre o de bronce) junto a diversos productos de alfarería elemental.

Y también ha sido posible identificar influencias transpirenaicas —no demasiado intensas— así como otras procedentes del extremo oriental de dicha cadena montañosa, transmitidas por la denominada *Cultura pirenaica*, bien definida por Bosch Gimpera y localizada en el conjunto de valles que se abren al Sur de la citada cordillera, desde el golfo de Rosas hasta el de Gascuña: estas influencias son, indudablemente, más importantes que las llegadas a través del Pirineo, procedentes de la Europa continental o que las venidas del Levante peninsular, probablemente asociadas con las de la Meseta.

Tras de la eclosión del Neolitismo en el area territorial vasca, se inició, de modo permanente, una evolución cultural cuyo término puede ser situado en la época presente; y esa evolución, en lo que a la cerámica se refiere, ha manifestado unas características bien definidas. Por una parte, ha sido prácticamente continua e ininterrumpida hasta el siglo VIII de nuestra Era, rompiéndose entonces esa continuidad a causa de la falta casi total del efecto renovador derivado de las valiosas

novedades técnicas y artísticas introducidas por los alfareros árabes en el arte de confeccionar vasijas de barro. Las Vascongadas —con la excepción de algunos territorios alaveses meridionales y del extremo oriental de Navarra— no fueron nunca dominadas permanentemente por los invasores musulmanes; y tampoco fue muy duradera la permanencia de las gentes del Islam en esas porciones del territorio euskaldun, que estuvo sujeto a éstas cuando aún no se habían desarrollado en nuestra Península las actividades laborales alfareras de matiz específicamente arábigo.

Culminada la Reconquista, fueron llegando a Euskalherria las influencias culturales procedentes de sus zonas aledañas, y con ellas penetró en nuestro territorio el conjunto de conocimientos nuevos propios del arte cerámico medieval. Esa penetración debió de ser lenta y no muy intensa, y por ello los yacimientos vascos de alfarería de la mencionada época son escasos y no muy ricos, cuantitativa y cualitativamente. Más tarde el País Vasco se incorporó plena y definitivamente a los quehaceres generales de todo el conjunto peninsular, y nuestra cerámica prosiguió su evolución con características análogas a las del resto de España, aunque mostrando una especial intensidad en las influencias provinientes de Navarra, de Aragón o de la Meseta superior, así como un impacto mucho menor de los influjos levantinos, meridionales, occidentales o transpirenaicos.

En la dilatada evolución precedentemente aludida aparecieron diversos períodos, cuyas principales características y particularidades vamos a examinar someramente a continuación.

El primero y más antiguo de tales períodos se inicia, junto con la neolitización, al aparecer —hacia el año 3.500 a. de J.C.— la etapa cultural designada con el nombre de *Cultura de las cuevas*. Durante la vigencia de ésta y ya en sus primeros estadios, se elaboró cerámica tosca, porosa, basta y mal cocida, ostentando formas sencillas obtenidas amenudo por recubrimientos de frutos globulares o de contramolde de cestería. Entre los decorados más antiguos figura el llamado *cardial* o *montserratino*, realizado imprimiendo sobre los vasos, todavía húmedos, el natis de las conchas pertenecientes al *Cardium edule*: ese decorado es característico de la cerámica primitiva y sólo muy recientemente ha sido encontrado en los espolios procedentes de unas pocas cuevas de Euskalherria.

Posteriormente, evolucionaron los productos alfareros del período aquí considerado, mejorando la calidad de las pastas arcillosas, acrecentándose y complicándose el número y la variedad de los perfiles

de los vasos confeccionados y multiplicándose los estilos del decorado destinado a embellecerlos. Esa ornamentación se realizó por incisión, por impresiones diversas (de los dedos, de útiles puntiagudos o de formas variadas...), mediante surcos lineales incisos, simples o múltiples, o con relieves diversos (cordones, pezones o pitones, orejetas, rugosidades irregulares,...) utilizándose también con finalidades decorativas el pulimento superficial y los engobes coloreados. Por otra parte, la crecida duración de este período permitió conseguir, a lo largo del mismo, una notable mejora general de las técnicas utilizadas por las sucesivas generaciones de alfareros.

Aun cuando los grupos humanos vascos continuaron practicando durante muchos siglos una vida cavernícola, antes de promediar el tercer milenio precristiano el esquema cultural que regía dicha vida fue sustituido por el de la *Cultura megalítica o dolménica*, que desde inciertos orígenes llegó a invadir la cornisa cantábrica. En el primer subperíodo de esta aculturación los progresos de las técnicas alfareras fueron escasos, y los vasos manifiestan caracteres similares a los del período anterior; pero en el segundo subperíodo —después del año 2000 a. de J.C. y hasta el Bronce final— aparecieron los llamados vasos campaniformes, que representan un claro mejoramiento de los productos cerámicos, tanto por el elegante perfil de algunos tipos de vasijas, como por sus decorados, extraordinariamente típicos y de crecido valor estético por la acertada combinación de motivos ornamentales incisos e impresos.

Iniciada la Protohistoria al culminar las invasiones de gentes indoeuropeas, a partir del año 800 a. de J.C., la confección de vasos cerámicos tomó nuevos rumbos a consecuencia de haberse introducido en el esquema laboral de los alfareros varios perfeccionamientos fundamentales incluidos en el patrimonio cultural de los invasores —los llamados pueblos celtas— y aportados por éstos al conjunto de conocimientos profesionales que ya poseían nuestros alfareros. Estos aprendieron a refinar mejor las pastas arcillosas, utilizando ya cedazos para eliminar las partículas gruesas existentes en éstas; emplearon asimismo tornos sencillos (las llamadas *tornetas*) con los que desde el siglo III a. de J.C. se comenzó a modelar las vasijas en los alfares de nuestra zona territorial. Y llevaron a cabo la cocción de esas vasijas en hornos perfeccionados —quizás de invención ibérica y no céltica— mediante los cuales pudieron alcanzarse las elevadas temperaturas indispensables para asegurar la excelente calidad de los productos elaborados.

Esas mejoras técnicas y el cambio general introducido en el modo



Cerámica alavesa de la primera Edad del Hierro.
Museo Provincial de Arqueología de Alava. (Vitoria).

de vivir de las gentes, al pasar éstas desde las cuevas a los numerosos poblados construidos en buena parte de nuestro territorio, dieron a las actividades alfareras un impulso fácil de detectar: los productos resultantes de las mismas ofrecen mejor aspecto y en ellos se integraron además nuevas formas más esbeltas y con mayor vistosidad, apareciendo asimismo ornamentaciones más complicadas, entre las cuales figuran las obtenidas por excisión, técnica considerada como novedad y consistente en arrancar porciones del barro superficial, produciendo así rehundidos y relieves artísticos de gran valor decorativo.

Algunos Investigadores consideran como subperíodo especial el correspondiente a la antecitada cerámica excisa, luego desaparecida en los últimos siglos de la *Edad del hierro*, en la que está incluido todo el período cultural ahora examinado. Durante el mismo se utilizaron también otros tipos especiales de decoración (como las de *El Boquique* y de *Ciempozuelos*) de los cuales se han encontrado

algunos ejemplos en vasijas cerámicas existentes en el territorio euskaldun.

En el período a que nos venimos refiriendo, y como apéndice del mismo, llegaron al País Vasco, y especialmente a las zonas alavas meridionales, los conocimientos cerámicos procedentes del *área celtibérica* de la Meseta central hispánica; y es posible hallar en los poblados de dichas zonas vasos de barro —importados o elaborados en ellas— con características distintas y mejores que las ofrecidas por los de origen céltico. Generalmente las pastas arcillosas de tales vasos, variamente coloreadas, son finas y están bien trabajadas para perfeccionar su calidad: el modelado se hizo ocasionalmente a mano, pero predominan los confeccionados a torno; y la cocción y el acabado se llevaron a cabo con técnicas avanzadas, superando a las empleadas en el área céltica. Como consecuencia de todo ello, los productos resultantes fueron mejores y más variados, figurando en ellos vasos de perfil anguloso provistos de cuellos multiformes, copas con pies altos, coladores y relladores y cajas cuadrilongas de excelente factura.

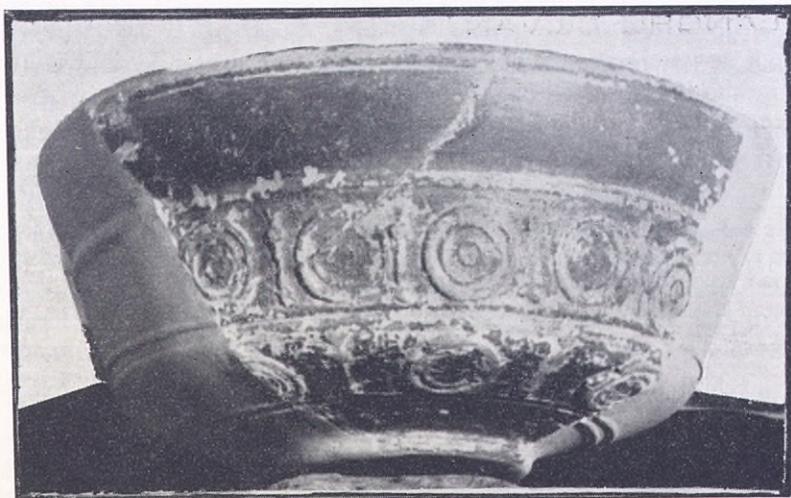
En los decorados de todas esas piezas, además de las técnicas ya conocidas, se utilizaron profusamente ornamentaciones cromáticas, mono o policoloreadas, siendo muy abundantes las formadas por conjuntos de motivos geométricos pintados con Ocre de hierro empastado con adhesivos minerales u orgánicos. Los ceramistas celtibéricos conocieron asimismo la técnica del ahumado, aplicada para obtener vasos negruzcos de superficie brillante; pero esta clase de piezas apenas se ha encontrado en las zonas vascas a las que llegó la influencia cultural de los citados ceramistas.

Invadida nuestra Península por los ejércitos de Roma, y consolidado el dominio latino tras dos años de permanentes luchas encarnizadas, tuvo lugar en todo el territorio de Iberia —y también en el de Euskalherria— una profunda aculturación, extendida a todos los aspectos políticos, sociales y económicos incluidos en el diario vivir de la población asentada sobre el mencionado territorio. En lo concerniente a la producción cerámica, los cambios fueron muy notables y durante los casi seis *siglos de romanización* de nuestro ámbito territorial, dicha producción comprendió tres tipos diferentes de vasijas: se confeccionaron piezas de alfarería vulgar, generalmente grandes y de pasta ordinaria; junto a ellas existieron vasos de cerámica común, más finos y de menor tamaño, destinados por lo general a usos domésticos. Y apareció asimismo un nuevo tipo de vasijas —las *Sigillatas*— dotadas de características especiales, tanto en sus formas

como en el modo de fabricarlas, y utilizadas, casi siempre, como objetos de carácter ornamental.

Existen abundantes testimonios materiales referentes al largo período de dominación romana sobre el suelo ibérico, y entre los de naturaleza cerámica —referidos especialmente al territorio euskaldun— se encuentran no sólo piezas de todas clases, sino también restos de los hornos utilizados por los alfareros de la época aquí considerada, habiéndose localizado tales restos en Pamplona, Liédena y Corella (todos de Navarra) así como en Tricio y Bezares, poblaciones situadas en la zona riojana de influencia cultural vasca.

Con referencia a las Sigillatas, merece ser indicado que su conocimiento procede de la Galia meridional, desde donde, en los comienzos de la Era cristiana, pasó a Navarra a través de los Pirineos; pero luego se instalaron en la zona hispana septentrional algunos talleres indígenas dedicados a producir este tipo de vasos cerámicos. Su obtención se llevó a cabo por moldeo, utilizando pastas fluidas muy finas, fácilmente adheribles a la superficie interna de moldes porosos de arcilla cocida o de yeso: esos moldes llevaban grabado, en relieve o rehundidos, los motivos ornamentales, y tras de ser absorbido el exceso de agua contenido en las pastas arcillosas, quedaba formada la vasija, que una vez desmoldeada y seca, era cocida previa aplicación



Sigillata romana procedentes de Irún. (Siglo I de J. C.).

de un recubrimiento especial —finísimo y de naturaleza sílico-alumino-férrica— designado con el nombre de *lustre*.

La técnica laboral descrita (puesta en práctica con los moldes sobre el torno), la multitud de perfiles de galbos, la profusión y belleza de los decorados existentes en las Sigillatas, y el típico y excepcional recubrimiento aplicado a las mismas, constituyen caracteres bien definidos, que dan a esta clase de productos cerámicos una individualidad destacada y un importante valor material y estético.

Poco a poco, las antecitadas características fueron degenerando, y desde mediados del siglo III de nuestra Era, decayeron progresivamente la calidad y los motivos ornamentales de este tipo cerámico, acabando por desaparecer, tras de un subperíodo final durante el cual se realizaron decorados poco vistosos obtenidos por impresión de troqueles sobre el barro todavía tierno. A este subperíodo pertenecen también, probablemente, algunas piezas, muy escasas, que por primera vez presentan un recubrimiento superficial de vidrio plumbífero, no utilizado todavía hasta entonces como impermeabilizante de los vasos cerámicos: estos solían impregnarse interiormente con pez o resinas, cuando se deseaba conseguir la impermeabilización de los mismos.

Seguidamente a cuanto ha sido indicado, y llegado ya el siglo V, se inició en España el *período cultural visigótico*, abundante en realizaciones alfareras pobres y de baja calidad, con decorados sencillos (en especial, cordonados múltiples). Luego, desde el siglo VIII, una vez invadida nuestra Península por los árabes, se interrumpió en el área vasca el progreso cerámico, que hasta entonces había venido desarrollándose en permanente conexión con el de las demás zonas peninsulares.

Por esta razón, los siguientes períodos del ciclo evolutivo de la tecnología cerámica faltan o aparecen con retaso en el País Vasco, pues tardan en llegar a éste los importantes perfeccionamientos aportados a esa tecnología por los hábiles alfareros musulmanes; y sólo en siglos menos lejanos —a partir del decimotercero— se encuentran en los yacimientos de dicho país algunas vasijas portadoras de recubrimientos transparentes de vidrio plumbífero o de esmalte opaco de Oxido de estaño. Por otra parte, tales yacimientos son poco abundantes y las piezas procedentes de los mismos carecen de los brillantes decorados cromáticos (orlas, cenefas, atauriques, escudos y otras composiciones vistosas y complicadas) típicos de la cerámica de inspiración islámica, desde la época califal.



Decorados monocromáticos sencillos (de azul de cobalto) en vasijas
medievales alavesas del siglo XIV.

Museo Provincial de Arqueología de Alava. (Vitoria).

Esa clase de decorados se difundieron ampliamente por los Reinos cristianos conforme iba avanzando la Reconquista, adquiriendo en esos Reinos características propias y diferenciales, distintas de las árabes; para realizarlos fueron utilizados primero colores de tonos verdes (de ocre) y morados (de manganeso) adicionando luego otros matices (amarillos, anaranjados, pardos,...) entre los cuales destacó un tono azul de notable belleza obtenido con Oxido de cobalto. Pero esos decorados cromáticos tardaron en ser conocidos en los alfares de Euskalherria, a los cuales llegaron probablemente desde Aragón (a través de Navarra) y desde la Meseta central (por la Rioja alavesa): se conocen algunos vasos vascos con decorados —siempre muy sencillos— en tonos verdes, pardos, morados y azules, datables en los siglos XIII y XIV, es decir, en la época final de los *tiempos medievales*.

Desde entonces, y hasta el siglo actual, se reanudó normalmente

la evolución de las técnicas alfareras en las Vascongadas, desarrollándose con características y ritmo similares a los del resto de nuestra Península y alternando en tal evolución etapas de notable actividad con otras de intensa atenuación de ésta, que dieron lugar a intervenciones especiales destinadas a evitar los aprovisionamientos de vasijas de barro trayéndolas de los territorios circunvecinos extraños al País Vasco. Entre las aludidas intervenciones merecen una mención especial las realizadas por las Juntas Generales de la provincia de Guipúzcoa, y las de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, ambas llevadas a cabo en el último tercio del siglo XVIII: se crearon también algunas Escuelas de cerámica artesana, y entre ellas la de la Santa Casa de Misericordia de Bilbao, fundada en 1757.

Durante ese mismo siglo, y también en el XIX, se registró en nuestras provincias una evolución normal y continua de la producción alfarera, llegando a funcionar cerca de cuarenta talleres dedicados a elaborar toda clase de piezas para usos domésticos, e incluso algunas de carácter ornamental. Además se instalaron en Pamplona y en Busturia (Vizcaya) unas fábricas de loza fina (decorada al estilo de Talavera) y de semiporcelana; y posteriormente comenzó a funcionar en Pasajes (Guipúzcoa) otro importante taller, dedicado a confeccionar artículos de porcelana de excelente calidad y avalorados con primorosos decorados polícromos, ricos en dorados finos y muy bien realizados.

Desgraciadamente, el ritmo de decadencia general patente en la producción cerámica obtenida durante el período que se inició al comenzar el presente siglo, afectó a nuestra zona tanto como al resto de España, pero todavía con mayor intensidad; y hoy puede considerarse caducada totalmente aquí la mencionada producción, a la cual sólo se dedican actualmente dos fábricas de porcelana fina (una en Pamplona y otra en Irún) y algunos alfares industrializados productores de tejas, ladrillos y artículos similares para la edificación: debe ser recordado que muchos de esos artículos —y en especial los adobes, ladrillos, losetas y tejas— se han venido elaborando en los primitivos alfares vascos, desde las remotas épocas de la Protohistoria.

Como resumen a cuanto ha sido expuesto precedentemente, me interesa hacer constar que en el ciclo evolutivo de la cerámica euskara, además de poderse apreciar una absoluta normalidad de desarrollo —excluyendo el bache de los primeros siglos medievales— aparece claro que en sus productos no ha faltado ninguno de los tipos clásicos resultantes del ejercicio de tal actividad artesana, si bien ninguno de ellos ha existido con marcada abundancia; por otra parte, son muy

escasos los galbos típicamente vascos y no existe un estilo capaz de individualizar netamente nuestra producción alfarera, quizás excesivamente afectada por influencias provinientes de los centros cerámicos próximos.

La citada producción, por todas sus particularidades materiales y estéticas, prueba la maestría, el buen hacer y la plena y entusiasta dedicación de nuestros alfareros a su noble ypreciado oficio: y a pesar de ello han sido olvidados amenudo, sin razón, puesto que entre otras actuaciones importantes, ellos han actuado como notarios del progreso humano, sintetizado en el carácter y modalidades de los restos cerámicos de cada época. Recordemos, por otra parte, que a ellos se debe realmente la invención de la llamada *alimentación del hervido*, sólo posible desde que consiguieron elaborar cazuelas y pucheros destinados a cocer las vituallas; y que ellos facilitaron además la posibilidad de conservar éstas —en evitación de períodos de escasez— contribuyendo asimismo a la realización de cobijos (desde la humilde cabaña al grandioso edificio) que han permitido a la Humanidad liberarse del trogloditismo y establecerse con comodidad en los lugares más aptos e idóneos para el desarrollo de su cotidiano vivir.

En un plano menos materialista, resalta la capacidad creadora de nuestros alfareros y la aptitud para idear complementos artísticos, adicionados a los vasos de barro con la finalidad de embellecerlos: todo ello prueba su innata espiritualidad, aplicada al ejercicio de su preciada y dura labor. En ella han manifestado éstos notable inteligencia y habilidad, junto con gran amor al oficio, cualidades que les hacen dignos, no sólo de un merecido elogio, sino también de una sincera y perdurable admiración.